

Hall, Beatriz

**APUNTES PARA EL PROBLEMA DE LA AUTORÍA: ALCANCES
EPISTEMOLÓGICOS DE LAS TEORÍAS DEL SUJETO¹**

Hall, Beatriz

Universidad de Buenos Aires

hallbeatriz@gmail.com

Material original e inédito autorizado para su primera publicación en la Revista
Académica Hologramática

Fecha de recepción: 01-10-2023

Fecha de aceptación: 29-10-2023

RESUMEN

Como es sabido, la noción de sujeto tradicional –reconocida como heredera del cogito cartesiano– ha sido cuestionada y reemplazada por otras que contemplan el carácter inestable y complejo del sujeto y de sus modos de representación. En este contexto de ideas, el propósito de este trabajo es demostrar que los planteos acerca de la autoría son tributarios de una concepción de sujeto, que involucra una idea de lenguaje y, en su conjunto, inciden en los modos de interpretar. Para esto, proponemos un recorrido por las diferentes formas de nombrar y caracterizar los objetos de estudio llamados, en términos generales, sujeto y autor/a. El fin último es promover la desnaturalización de

¹ Este trabajo lleva en su título la palabra “apuntes” porque tiene su origen en apuntes de cátedra de Teoría y Crítica Literarias II que se dicta como parte de la carrera de Letras de la Universidad de Lomas de Zamora y que estuvo a mi cargo durante más de dos décadas. Agradezco a todas y a todos las/los estudiantes que cursaron la materia porque fueron un permanente estímulo para aprender con ellos y también a mis colegas con quienes compartí la tarea docente: a Mirta Stern, a María Isabel López, a Aldana Ursino, a Juan Zara y a Yael Tejero, además, la atenta y generosa lectura de los borradores de este artículo.

Hall, Beatriz

ideas y presupuestos teóricos que se pueden pasar por alto en el análisis de textos literarios, en contexto académico. El marco de análisis de este trabajo entiende que los estudios literarios son formalizaciones basadas en la reflexión epistémica, desde el interior y el exterior de la disciplina (Louis, 2013, 2022). Vale decir que no busca responder preguntas acerca de qué son las cosas, sino qué tipo de saber producen los estudios literarios y cuáles son sus condiciones de posibilidad (Louis, 2022). Esperamos, entonces, que este ejercicio de reflexión epistémica propicie la formulación de nuevos interrogantes y promueva la interpretación de conceptos y prácticas en las cuales nuestras subjetividades se construyen y producen sentidos.

PALABRAS CLAVE: sujeto – identidad – escritor – autoría - literatura

ABSTRACT

As is well known, the traditional notion of the subject- recognized as heir of the Cartesian cogito- has been questioned and replaced by others that contemplate the unstable and complex character of the subject and its modes of representation. In this context of ideas, the purpose of this paper is to demonstrate that the approaches to authorship are tributary to a conception of the subject, which, in turn, involves an idea of language and influence the modes of interpretation. Consequently, we present different ways that have been used to name and characterize the objects of study called, in general terms, subject and author. The ultimate goal is to promote the denaturalization of ideas and theoretical assumptions that may be overlooked in the analysis of literary texts, in academic contexts. The framework analysis of this paper understands that literary studies are formalizations based on epistemic reflection, within and outside the discipline (Louis, 2013, 2022). That is, it does not seek to answer questions about what things are, but rather what kind of knowledge literary studies produce and what are their conditions of possibility (Louis, 2022). We hope, then, that this exercise of epistemic reflection will lead to the formulation of new questions and promote the interpretation of concepts and practices in which our subjectivities are constructed and produce meanings.

Hall, Beatriz

KEY WORDS: subject – identity – writer – authorship - literature

1- INTRODUCCIÓN

El problema² de la autoría en literatura y, en términos más amplios, los modos de pensar la categoría de sujeto son preocupaciones que, aunque de larga data, siguen vigentes. En efecto, el estatuto otorgado al sujeto y al autor/a constituyen objetos de estudio que han despertado y siguen despertando interés en diferentes áreas de las ciencias sociales.

Como es reconocido, en su larga trayectoria de conformación y desarrollo, la noción de sujeto tradicional –reconocida como heredera del cogito cartesiano– se configura como garante de verdades absolutas y abona la representación de un mundo posible de ser expresado en leyes estables, universales y verdaderas. Como consecuencia, en la búsqueda de un saber objetivo –que caracteriza la ciencia moderna–, la subjetividad quedaría eliminada como variable de análisis y los enunciados podrían describir objetos susceptibles de ser considerados verdaderos o falsos. Desde perspectivas diferentes, estas concepciones, han sido cuestionadas y reemplazadas por otras que contemplan el carácter inestable y complejo del sujeto y de sus modos de representación del mundo.

En términos más específicos, tal como lo demuestran los trabajos de Zapata 2011, 2014, Pron, 2014, Ochoa, 2019, Negrete Sandoval, 2020, Ortiz, 2023, entre otros, varias décadas después de que Barthes hablara de la muerte del “imperio del autor” (1968) y de que Foucault (1969) propusiera la teoría de la “función autor”, los planteos relativos a quién habla en los textos siguen siendo fuente de diversas investigaciones, desde distintos puntos de vista. Incluso, desde hace unos años, se habla de una suerte de “retorno” a la noción de sujeto (*retour du sujet*) que, según Bürger y Bürger (2001), remite a un renovado interés por darle centralidad a la categoría de sujeto. Sin embargo,

² A diferencia del término “dificultad” que puede asociarse con la idea de obstáculos y adquirir una connotación negativa, entendemos que el término “problemas” implica el planteo de posibles respuestas a preguntas que ameritan ser pensadas y repensadas. En este sentido, pierde toda carga negativa y se proyecta como punto de partida para la construcción de objetos de estudio.

Hall, Beatriz

no ha de pensarse que se trata de una vuelta a la idea de un sujeto racional, dueño de su decir y garante de verdades objetivas, sino de un concepto que se construye de manera compleja y múltiple. Dicho de otro modo, en distintos escenarios científicos y académicos, se cuestiona la idea de que un sujeto tenga la capacidad de hablar del otro y de sí mismo sin conflicto, como si se tratara de una entidad unitaria, tal como se suele presentar al sujeto de la modernidad (Gruner, 2007). En el campo de los estudios literarios, las perspectivas teóricas actuales sobre la autoría plantean que el autor no remite únicamente a una persona “real”, a un sujeto empírico, sino a una figura cuyo estatuto está en permanente en discusión.

En el breve entramado teórico que acabamos de presentar, este trabajo propone dar cuenta de que toda noción de autor es tributaria de una concepción de sujeto, ya sea que se haga de manera explícita o implícita³. Para esto, indagamos en los marcos epistemológicos que subyacen a la categoría de sujeto y de autor/a, especialmente, en el alcance que esta categoría tiene en el área de los estudios literarios. De este modo, también buscamos promover la desnaturalización de presupuestos teóricos que se pueden pasar por alto en el análisis de textos literarios, en contexto académico.

En términos amplios, intentaremos dar respuesta a los siguientes interrogantes: ¿Cuáles son las diferentes denominaciones de sujeto y cuál es el alcance epistemológico de cada término? ¿Cómo es pensada la categoría de sujeto en distintos momentos históricos y sociales? ¿Qué propiedades o características se le adjudican? y, en términos más específicos, las preguntas son ¿qué estatuto otorgarle al autor/a? ¿Cuál es la incidencia que tiene la figura del autor/a en la interpretación de textos literarios? ¿Cuáles son las relaciones que se establecen entre el/la autor/a y la obra?

Con esos objetivos, en lo que sigue, exponemos los diferentes modos de nombrar los objetos de estudio llamados sujeto y autor/a (§2). En (§3), ampliamos el apartado anterior y presentamos un breve recorrido por los alcances epistemológicos del tema que nos convoca, en distintas épocas. A continuación, focalizamos nuestro trabajo en

³ De este modo, retomamos y reformulamos la propuesta de Kristeva (1981) cuando afirma que “toda teoría del lenguaje es tributaria de una concepción del sujeto que afirma explícitamente, que implica o que se esfuerza por denegar” (p. 249)

Hall, Beatriz

distintos puntos de vista acerca de la autoría producidos en el campo específico de los estudios literarios (§4.1.) y planteamos una lectura de las relaciones causales entre las concepciones de autor y de obra, presentes en diferentes teorías particulares de la literatura (§4.2.). Finalmente, en (§5.), introducimos el cierre del trabajo.

2- VARIABLES DENOMINATIVAS: MARCOS CONCEPTUALES DISCIPLINARES

De acuerdo con Castro (2005), el sujeto no es una “realidad natural”, sino un producto histórico que es construido con determinadas ideas y prácticas en las que tuvo mucho que ver, por ejemplo, la Filosofía, el cristianismo, la Psicología, el Psicoanálisis.

Como es sabido, el término sujeto designa un campo semántico y epistemológico diferente del de individuo que, etimológicamente, es lo que no se puede dividir. La idea de individuo data del Renacimiento y remite a sistemas filosóficos que atribuyen a la consciencia un lugar central y que plantean la existencia de una entidad autónoma y estable, ligada a la razón. En otras palabras, durante el Renacimiento y la Reforma protestante, el concepto de individuo se afianza como figura dominante (Van Dülmen, 2016).

Luego, al asignar un lugar al estudio del inconsciente y a la determinación cultural por encima de la conciencia, se produce un cambio sustancial en el estatuto otorgado a este objeto de estudio: la concepción de individuo estable y autosuficiente es desafiada por la de sujeto. El concepto de sujeto se suele asociar a la idea de realidad, entendida esta como una construcción. Incluso, podría decirse que no se nace sujeto, sino que se constituye mediante un proceso ontológicamente complejo (Macherey, 2014).

Por su parte, la denominación “hombre” suele aparecer vinculada a la noción de especie humana, cuya esencia podría no estar afectada, de manera especial, por circunstancias históricas y culturales. Aunque con cierto uso ligado al campo jurídico, este término puede asimilarse al de “persona”. Según Zavala Olalde (2010), la noción de persona relacionada con el campo de la antropología, la filosofía y las ciencias cognitivas

Hall, Beatriz

alrededor del problema mente-cuerpo, se incluye en disertaciones acerca del ser humano.

De gran resonancia actual, la “identidad” es concebida en términos de relaciones complejas y dinámicas que se constituyen simbólicamente en interacción con otros. En tanto se sostiene que la identidad de un sujeto puede conformarse de manera individual, grupal y social y como parte de procesos variables, este término es con frecuencia usado en plural (“identidades”). Un mismo sujeto, entonces, estaría conformado/atrasado por distintas identidades, pensadas estas como una tarea en permanente cambio; es decir permanentemente inacabada (Hall, 2003; Bauman, 2005). En este sentido, entonces, también la noción de sujeto puede articularse con la de subjetividad.

En relación con las variables denominativas de la categoría autor, amerita señalar que dentro del marco de teorías románticas y de algunas de las corrientes estilísticas, aparecen los términos “genio”, “creador” o “genio creador” que otorgan centralidad al concepto de autor, entendido este como un ser inspirado, capaz de creaciones originales. Luego, aparece la idea de “productor” que sitúa socialmente a quien escribe como trabajador: no habría diferencias entre un escritor y otro productor social. Así lo planteó Benjamin en la conferencia (que leyó en el año 1934), cuyo título es *El Autor como Productor* (1999). Este filósofo y crítico literario se aleja de la estética de sesgo romántico y atribuye al autor un rol social, en el proceso de producción, y responsabilidad política, en su contexto histórico. Dicho de otro modo, opuesto a la idea de “genio creador” –asociada a la de sujeto privilegiado– el autor es analizado, por Benjamin, como un trabajador en su propio campo (el del discurso, de la palabra, de la literatura).

Posteriormente, en el marco de las vanguardias de la década del sesenta del siglo pasado, la figura del autor aparece como un “trabajador revolucionario” en su tarea específica y como un transgresor de códigos del lenguaje. En el contexto del mayo francés, se combaten los fundamentos de la concepción burguesa y estructuralista del arte y se reformula el lugar otorgado al escritor, al crítico, al teórico, al intelectual: el

Hall, Beatriz

concepto de originalidad que va unido al de propiedad, de representación y de comunicación pierden peso. En esta línea, con fuerte influencia del pensamiento psicoanalítico lacaniano, desde el post-estructuralismo, Kristeva (1981) propone entender que la organización social y subjetiva tiene siempre la forma de un lenguaje. En “El Sujeto en Cuestión: el Lenguaje Poético” (1981), esta autora desarrolla su teoría del “sujeto en proceso” como productor de la subversión de códigos estables. Para esta Kristeva, “se trata de un sujeto parlante que, cuando corresponde con su heterogeneidad pulsional, se transforma en un sujeto en proceso” (Suniga y Tonkonofen, 2012, p. 8). En términos muy generales, el postestructuralismo se caracteriza por plantear la idea de un sujeto plural, descentrado, que se construye en el texto.

La designación autor también puede ser entendida de manera genérica y diferenciarse de “escritor” vinculada al mercado editorial. Tal como afirma Topuzian (2011), los nombres de autor pueden aparecer como “marcas comerciales”. En palabras de este investigador argentino, “la celebridad del escritor ocupa un lugar cada vez más importante, como modo de comercialización, respecto de otro tipo de valoraciones, hoy de carácter cada vez más residual.” (p. 198).

Vale decir que las denominaciones individuo, sujeto, hombre, persona, identidad/es y subjetividad/es así como las de genio, productor, escritor son variables terminológicas que remiten a diversos marcos conceptuales asociados a distintos campos de estudio. En tanto esto confirma que no siempre se habla del mismo objeto de estudio, consideramos relevante observar el alcance de esas diferencias.

Luego de este breve recorrido, en el apartado siguiente, ampliamos lo expuesto en este. Como se verá, las diferentes formas de concebir al sujeto y al autor (dentro del marco de las ciencias sociales y a través del tiempo) se vinculan de manera inherente y solidaria con otros principios teóricos tales como el del lenguaje, el de “realidad” y el de interpretación.

Hall, Beatriz

3- MODOS DE DEFINIR Y CARACTERIZAR AL “SUJETO”: BREVE RECORRIDO HISTÓRICO DE ALCANCES EPISTEMOLÓGICOS

Existe consenso en considerar que en la Modernidad se produce un gran cambio en el conocimiento del mundo, de la “verdad”, de la naturaleza y también de la concepción de sujeto. Como se recordará, en las sociedades tradicionales, el sujeto tenía roles fijos y disponía de sistemas que proporcionaban orientaciones acerca de cómo vivir: las personas nacían y morían como miembros de un clan, de una tribu, de un “lugar” que guiaba la trayectoria del devenir de su vida. El sistema de parentesco proveía modelos estables y organizados de relaciones sociales y las religiones guiaban las interpretaciones morales y éticas y las prácticas para la vida personal y social. En este contexto ciertamente estático, la identidad no era objeto de reflexión y menos de cuestionamiento.

Con el advenimiento de la Modernidad, signada fuertemente por la idea de progreso, se inicia la movilidad social y la ruptura de los estamentos rígidos: la identidad se vuelve móvil, inestable y, por lo tanto, problemática. En efecto, la razón moderna rechaza el legado clásico de una realidad estructurada en jerarquías ontológicas y éticas a la vez. Es decir, anula la identificación entre el lugar “natural” y el grado de perfección moral de todo ser: el descentramiento de la tierra y la destrucción del cosmos organizado teleológicamente conllevan la liberación del conocimiento frente a los deberes éticos. La creación de la imprenta, en 1436; la llegada de los españoles a América, en 1492; la Reforma Luterana, en 1520 suelen ser señalados como hitos fundacionales de una etapa en la que cambian la concepción de la ciencia y del hombre. Por su parte, a propósito de la Modernidad, Dotti (1990) considera que los acontecimientos producidos en el ámbito cultural europeo durante los siglos XVII y especialmente en el XVIII conforman el contenido de creencias y costumbres que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se despliegan en todo el mundo.

Hall, Beatriz

Como parte de este proceso histórico, filosófico y social, la ciencia no se centra en ofrecer respuestas tranquilizadoras a las inquietudes humanas, sino que se constituye como discursos libres de connotaciones axiológicas y vestigios antropocéntricos (Dotti, 1990). Según, Dotti (1990), en la Modernidad, se produce un fuerte desplazamiento, desde la metafísica a la gnoseología: todo lo que queremos conocer no está determinado intrínsecamente por una estructura ontológica universal, sino por las capacidades cognoscitivas del hombre. La pregunta por el *ser* es trasladada a la pregunta por el *conocer*: se renuncia, así, a saber cómo son las cosas en sí mismas (“lo que es”), en beneficio del esfuerzo por dilucidar cuáles son las condiciones que nos permiten conocer algo (qué quiere decir “conocer”).

Por su lado, Marshall Berman (1994), en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, destaca que, en lugar de asignar roles sociales preestablecidos, como en las culturas premodernas, la Modernidad logra conducir a los sujetos hacia una producción creativa y dinámica de su propia identidad, según preferencias personales. Tal transformación en el tejido social conduce, afirma Berman, a mayores oportunidades en lo que concierne a la libertad y la autonomía. Pero, al mismo tiempo, el modo de vida moderno tiene, según este autor, un lado oscuro. Berman (1994) teoriza la ambivalencia de la modernidad del siguiente modo:

ser moderno es encontrarnos a nosotros mismos en un ambiente que nos promete aventura, poder, gozo, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo – y, a la vez, amenaza destruir todo lo que tenemos, todo lo que conocemos, todo lo que somos-. ... Se trata de una unidad paradójica: nos vuelca a todos en un vértice de perpetua desintegración y renovación, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. (p. 15)

Para Berman, entonces, la modernidad es un fenómeno bifronte: la disolución del orden establecido y de los roles fijos propios del mundo premoderno generan incertidumbre y ambigüedad y una amenaza destructiva.

Hall, Beatriz

Más allá de matices interpretativos, en términos generales, se entiende por Modernidad a un conjunto de ideas, principios y modelos de interpretaciones, que van desde lo filosófico hasta lo económico y que comienzan en el siglo XVI y fundan la cultura del siglo XX. Se puede hablar de un modo moderno de entender la realidad que abarca el desarrollo de prácticas privadas y sociales: lo moderno implica novedad y superación.

En este contexto teórico e histórico, el artista deja de ser pensado como el “imitador” de la naturaleza para ser valorado como creador y así queda instalado en el lugar, que, hasta ese momento, estaba reservado para Dios. Si pensamos la tan mentada dualidad sujeto-objeto, suele decirse que, en la Modernidad, es el sujeto que instaura al objeto.

El discurso del Método y las *Meditaciones Filosóficas* de Descartes (1596-1650) son generalmente citados como la demostración más clásica y moderna de una operación cognitiva que se cree a sí misma independiente. En estas dos obras, Descartes intenta poner en tela de juicio todas las verdades autoevidentes y colocarse más allá del conjunto de opiniones que acercan el conocimiento humano a certezas o verdades eternas. Como se sabe, Descartes prueba su propia existencia a partir de su capacidad para razonar y lo resume en la famosa frase “pienso, luego existo”. Planteado así, el “yo” cartesiano se asume a sí mismo como plenamente consciente y, por lo tanto, como plenamente auto cognoscible. No sólo es autónomo, sino también coherente, la idea de otro territorio psíquico, en contradicción con la conciencia, es impensable.

En otra dirección, las concepciones sustentadas en lógicas estables han sido reemplazadas por perspectivas que contemplan el carácter inestable y complejo del sujeto y de sus modos de representación del mundo. Por ejemplo, como veremos más adelante, Foucault propone deconstruir las concepciones por medio de las cuales se ha entendido esta categoría como universal. Consecuentemente, desde hace tiempo, se afirma que no es posible conocer e interpretar sin la participación activa del sujeto y, por lo tanto, la llamada objetividad ha sido profundamente cuestionada.

La paulatina pérdida de centralidad del sujeto dominado por la razón que deviene en la premisa “desaparición del autor” o la “muerte del autor” puede asociarse a la “muerte de

Hall, Beatriz

Dios” de la que había hablado Nietzsche. En realidad, desde el siglo XIX, se había esbozado un movimiento, encabezado por Nietzsche, que rechazaba la idea de que el pensamiento fuera algo propio de un sujeto autónomo.

No solo el nombre de Nietzsche aparece como referente de una “nueva” concepción de sujeto, sino también la confluencia de pensamientos de otros autores tales como Foucault, Freud, Lacan⁴. Aunque con planteos diferentes entre sí, estos aportes impiden pensar en *una* categoría de sujeto indiviso y uniforme. Como veremos más adelante, la idea de sujeto que propone el psicoanálisis no tiene que ver con el psiquismo, con la gramática y, menos, con los términos de individuo y persona.

La teoría elaborada por Lacan tiene su correspondencia en la teoría literaria de extracción psicoanalítica/postestructuralista. Es sabido que la obra de Lacan retoma los aportes de la lingüística estructural y reescribe de manera original la teoría freudiana, especialmente, en todo aquello que se refiere al sujeto, a la relación del yo con el otro y, sobre todo, a la importancia central del lenguaje en la estructuración del inconsciente⁵.

Recordemos que, si bien una parte del siglo XX estuvo signado por las ideas estructuralistas, como sostiene de la Garza Toledo (2001), “es cierto que siempre existieron corrientes divergentes al estructuralismo, en particular las Hermenéuticas” (p. 2). Como explica este autor, en los años sesenta, especialmente en los setenta y con mayor énfasis en los ochenta, las teorías dominantes produjeron un cambio *epocal* con lo que reflexionaría y dialogaría la Postmodernidad. En palabras de este autor:

Toda crisis *epocal* ha sido terreno fértil para las perspectivas derrumbistas y liquidacionistas de la capacidad transformadora del hombre y de la razón, en la

⁴ Paul Ricoeur (1965) en su libro *Freud: una interpretación de la cultura* designa a Nietzsche junto a Marx y Freud como maestros de la “escuela de la sospecha” quienes, aunque se destacaron en ámbitos diferentes, los tres denunciaban el carácter ilusorio de una conciencia transparente para sí misma: establecieron diferencias entre lo que se muestra y lo que se oculta, lo evidente y lo latente. En la ponencia “Nietzsche, Freud y Marx” que Foucault presenta en el VII coloquio internacional dedicado a Nietzsche, en París, en el año 1964, afirma que lo que une a estos tres autores es la idea de que la tarea interpretativa es inacabada.

⁵ Puede consultarse, entre otros, Dor (1997) y Estrach (2016).

Hall, Beatriz

nuestra le ha tocado a la postmodernidad ser la síntesis del último intento de liquidación de la ciencia, de las ideas de progreso, de los grandes discursos, de la Modernidad. Pero este estado de ánimo de los ochenta se ha transformado para los noventa ante la evidencia de que hay rumbos sociales amplios vinculados con la Globalización y el Neoliberalismo. (p. 84)

Por su parte, Bauman (2005) sostiene que la identidad se convierte en un tema, en el contexto que él denomina como “modernidad líquida”. Este autor acuña este término para designar a una sociedad donde existen sistemas de creencias precarios que conducen a sentimientos de total inestabilidad. Desaparecen, según Bauman, puntos fijos en los cuales colocar la confianza y, en su lugar, aparece una especie de fluidez generalizada donde todo cambia y se transforma en una infinita red de indeterminaciones. La libertad, la individualización, la inseguridad y la incertidumbre, que para algunos habían comenzado en la Modernidad, son algunas de las características de esa Modernidad líquida.

Para Bauman, en un nuevo escenario de incertidumbre signado por lo inestable, y por lo impredecible, la identidad deja de ser pensada como una cuestión “natural” dada al individuo por la pertenencia a una comunidad y pasa a ser concebida como un problema individual de construcción histórica y social. La identidad, según Bauman, se caracteriza por ser permanentemente mutable y permanecer en constante construcción: los procesos identitarios son actividades inacabadas, abiertas e incompletas.

Lo que Bauman denomina como modernidad líquida se asimila a lo que en términos más difundidos se conoce como posmodernidad. En contraposición con la Modernidad, la postmodernidad sería la época del desencanto y de la pérdida de confianza en la idea de progreso. Para algunos autores, con el término posmodernidad se alude al arte o la cultura que, en los años posteriores a la segunda guerra mundial, rompen las técnicas y convenciones modernistas; para otros, remite a la conducta humana típica de las sociedades capitalistas, luego de los años cincuenta. En pocas palabras, puede entenderse a la posmodernidad como la oposición o bien como la continuidad o,

Hall, Beatriz

incluso, la superación de la Modernidad.⁶ En cuanto a la idea de sujeto, a riesgo de ser parciales, podría decirse que es visto como centrado en su satisfacción y crecimiento personal que cuestiona con énfasis los dogmas.

Se suele afirmar que, debido a la tarea deconstructiva de la filosofía tradicional, Nietzsche sería el primer filósofo posmoderno. Debe destacarse que esto muestra dificultades para establecer un recorrido cronológico rigurosamente lineal, ya que ideas que aparecen en un momento histórico coexisten con otras y, a su vez, algunas de ellas son retomadas y reformuladas en un entramado discontinuo con saltos temporales. No obstante, se puede afirmar que los avances tecnológicos que se sucedieron luego de la Segunda Guerra Mundial aceleraron los procesos de modernización y que paralelamente –como consecuencias de la guerra– se produjo la pérdida de fe en el progreso lineal y racional.

Como sea, si bien es cierto que no hay consenso unánime en relación con la delimitación de la Modernidad y los vínculos de esta con la etapa posterior, no hay controversia en considerar que *La condición posmoderna* (1979) de Jean-François Lyotard es una referencia ineludible. Lyotard propuso el término posmodernidad para referirse a un estado y a una actitud occidental frente a las cosas, que compromete la comprensión espacio-temporal, en el contexto de la popularización de los medios de comunicación masiva. La pérdida de confianza en relatos explicativos metafísicos y totalizadores apoyados en la idea de que existe *una* verdad y *una* realidad sería una de las características más sobresalientes. En palabras de Lyotard (1979): “Simplificando al máximo, se tiene por ‘posmoderna’ la incredulidad respecto de los metarrelatos. No formamos combinaciones lingüísticas necesariamente estables, y las propiedades de las que formamos no son necesariamente comunicables. (p. 10)”

⁶ Para profundizar las relaciones entre Modernidad y Posmodernidad puede consultarse, por ejemplo, Casullo, N. (comp.) (1993).

Hall, Beatriz

Según Nebreda (1993), la causa del descrédito de los grandes relatos reside más bien en el interior de esos mismos relatos: los gérmenes de la «deslegitimación» y del nihilismo eran inherentes a ellos mismos. (p. 3)

Cabe señalar que se habla de posmodernidad filosofía, de corriente de pensamiento posmoderno, de época posmoderna. La posmodernidad (y sus variables denominativas) puede ser entendida, entonces, como un paradigma opuesto a la modernidad o como una reformulación y consecuencia que forma parte de un mismo proceso que lleva a la modernidad hasta sus últimas consecuencias (asumir una actitud crítica sobre todo aquello en lo que se cree).

Desde una perspectiva histórica, Encinas (2018) identifica tres líneas de pensadores agrupados en *autores posmodernos*, *teóricos de la posmodernidad* y *críticos hacia la posmodernidad*. El primer grupo estaría conformado por intelectuales que reproducen, defienden o dan forma a lo definido como posmoderno (Derrida, Lyotard, Vattimo, Deleuze y White, entre otros). Dentro del grupo de teóricos de la posmodernidad ubica a quienes no suelen tomar partido abiertamente, sino que definen, interpretan y comprenden este concepto (Jameson, Baudrillard, Harvey, Bauman, Giddens). Por último, los críticos hacia la posmodernidad son quienes, desde perspectivas reaccionarias o progresistas, cuestionan el concepto y sus manifestaciones (Habermas, Chomsky, Bloom).

Por otro lado, se ha señalado la existencia de lazos entre las ideas posmodernas y las postestructuralistas⁷. Por ejemplo, David Harvey (1990) afirma que, pese a que puede ser considerado un fracaso, el movimiento del 68 debe ser considerado “un precursor político y cultural del surgimiento del posmodernismo.” (p. 44). Al respecto, debe señalarse que la posmodernidad se presenta como la ausencia de paradigmas, mientras que el postestructuralismo recurre a principios paradigmáticos para elaborar sus teorías en general y, en particular, las teorías de la literatura. Como veremos más adelante, el

⁷ Al respecto, sugerimos la lectura de Elliott, A. (1995).

Hall, Beatriz

postestructuralismo retomó y reelaboró aportes de la lingüística, del marxismo y del psicoanálisis.

Es frecuente que la idea de sujeto posmoderno se presente como contrapuesta a la de la Modernidad. Como bien explica Grüner (2010), suele considerarse tanto a la Modernidad como a la concepción del sujeto moderno (cartesiano) como totalidades homogéneas sólidamente construidas y el sujeto de la posmodernidad, como “fragmentado”, “disperso”, “múltiple”, “diseminado”. Sin embargo, estas categorías conceptuales presentadas, según Grüner, como “bloques homogéneos, simétricos y armónicos” (45) son efectos de una polarización binaria y dicotómica, que merece ser analizada e incluso cuestionada. Para evitar caer en una “falsa totalidad conceptual y abstracta” (p. 68), este autor propone la idea de un *tercer sujeto* considerado en el centro del conflicto, de la fractura estructural y originaria. Se trata de una concepción de sujeto dividido y “reconstruible en cada avatar histórico, sin por ello perder su fractura estructural” (p.70).⁸

Como hemos mencionado en la introducción de este trabajo, se habla del “retorno del sujeto” sin que esto signifique una valoración de la idea de sujeto racional moderno. En este sentido, Žižek (2001) rescata al “sujeto cartesiano” atacado por las teorías posmodernas, el deconstruccionismo y la New Age, pero aclara que:

No se trata de volver al cogito en la forma en que este concepto dominó el pensamiento moderno (el sujeto pensante transparente para sí mismo), sino de sacar a la luz su reverso olvidado, el núcleo excedente, no reconocido, que está muy lejos de la imagen apaciguadora del sí-mismo transparente”. (p.10)

Así, por ejemplo, el llamado “giro lingüístico” (Rorty, 1998) coloca en el centro de la escena investigativa la idea de que los sujetos están insertos en contextos determinados significativamente y estructurados en los discursos. El conocimiento del mundo es lingüístico y se produce en relación con los modos de producción, apropiación y

⁸ Grüner (2010) propone repensar las nociones de sujeto planteadas por muchos dicotómicamente, en el marco de su interesante investigación acerca de la historia de la revolución de Haití.

Hall, Beatriz

circulación social de sentidos. “No hay acción que no sea significativa, y no hay significados articulables fuera de las estructuras del lenguaje” (Palti, 1998, p. 20). El lenguaje, entonces, deja de ser pensado como un medio transparente para representar realidades objetivas y exteriores al sujeto. Como ha sido reconocido, estas ideas significaron un cambio de paradigma en las ciencias sociales que, al otorgarle al lenguaje el punto de partida de todo planteo, promovieron volver a pensar la categoría de sujeto y también los modos de construir sentidos, es decir, de cómo interpretar. Desde esta perspectiva, se establece que los sujetos no comprenden el mundo de modo directo, sino que toda significación está mediada por los " juegos de lenguaje" (Wittgenstein, 1988). El saber, entonces, no es una copia de la realidad desvinculada de quien conoce o enuncia porque ambos (realidad y sujeto) se construyen en los entramados lingüístico-discursivos. Y es que al poner en escena la idea de que el lenguaje no dice exactamente lo que dice, se pierde el carácter dogmático de la verdad y el sujeto aparece estudiado como un elemento más perdiendo, así, su centralidad como dador de sentidos.

Por otro lado, el término posmodernidad fue acompañado y reformulado, entre otros, por los de hipermodernidad y transmodernidad. Por ejemplo, Lipovetsky en *La era del vacío* (1983) y *El imperio de lo efímero* (1987) señaló la existencia de una suerte de clima de liberación en la que los sujetos vivirían el presente con marcado sello hedonista, sin mayores preocupaciones. El sujeto, entonces, sería una especie de “narciso”, individualista y consumista. Dos décadas después, cuando este autor habla de “hipermodernidad” (2006) sostiene que la euforia de los años postmodernos había terminado: el desempleo, la preocupación por la salud y las crisis económicas provocan ansiedad individual y colectiva. En este sentido, según Lipovetzky, aunque siga orientado al placer, el sujeto hipermoderno es ganado por el miedo y la angustia.

También la denominación transmodernidad ha sido fuente de divergencias. Por ejemplo, Rodríguez Magda (2007) concibe la transmodernidad como una continuación y superación de la posmodernidad, pero para Dussel (2016) esta perspectiva adolece de

Hall, Beatriz

etnocentrismo. Dussel (2016) propone una interpretación no eurocéntrica de la historia que dé cuenta de diálogos interculturales simétricos.

Como se puede observar, las denominaciones que venimos refiriendo desde el inicio de este trabajo revelan campos semánticos diferentes que se conforman como parte de distintos momentos históricos y sociales. En todos los casos, indagar en la red de conceptos dentro de la cual se produce y circula el de sujeto y el de autor permite advertir el alcance epistemológico de cada uno en su conjunto. Esto implica concebir la complejidad teórica y práctica, a partir del estudio de los conceptos como variables interrelacionadas entre sí y no como elementos aislados de una teoría ni de un solo campo disciplinar.

4.1- TEORÍAS DE LA AUTORÍA EN EL ÁREA DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS

Podemos afirmar que, en términos generales y como correlato de lo expuesto en el apartado anterior, la noción de autor es un fenómeno moderno que se remonta al Renacimiento. En el específico campo de los estudios literarios, si bien existen antecedentes, la figura del autor surge en relación con idea de propiedad de una obra. Tal como afirma de Teresa Ochoa (2019), en el contexto de acontecimientos tales como la creación de instituciones (por ejemplo, las academias), el desarrollo del mercado editorial y la implementación del derecho de autor, la figura del escritor adquirió una significativa autonomía. Esta figura “detentó la autoridad espiritual” que antes estaba en manos del poder eclesiástico y desarrolló una “nueva sensibilidad que derivó en la mayor revolución estética, filosófica y moral de los tiempos recientes: el Romanticismo” (de Teresa de Ochoa, 2019, p. 14).

Como es ampliamente conocido, para la teoría romántica, el escritor aparece representado como el dueño de un estilo propio que gracias a su inspiración busca introducir nuevos temas y procedimientos en función de la supuesta originalidad. En un contexto de autonomización de la literatura y de la consecuente profesionalización del

Hall, Beatriz

trabajo del escritor, la figura de autor fue considerada como capaz de reflejar el mundo y de estremecer la humanidad entera, dándole rienda suelta a una supuesta singularidad creadora (Durand, 2014).

De manera general, a partir del siglo XIX, empieza a establecerse una diferencia entre el escritor (sujeto empírico que escribe el texto), el narrador (la voz a cargo del relato literario) y el personaje (sujeto del discurso que interviene en la acción del texto). Posteriormente, como es sabido, la narratología se ocupó de estudiar exhaustivamente la relación entre el narrador y el personaje (más adelante retomamos esta perspectiva).

En relación con el tema de la autoría, los trabajos de Bajtín no solo fueron revolucionarios en su momento, sino que siguen siendo retomados por distintos autores. Entre otros aportes, este teórico ruso inauguró una manera de pensar al autor como una consecuencia de las decisiones estéticas que en la obra ocurren, especialmente, a partir del modo en que quedan representados los personajes. Aunque la interpretación de la obra de Bajtín (1979) no está libre de controversia, es claro que establece una diferencia entre la idea de autor *real* y de *autor creador* del siguiente modo:

El autor-creador nos ayudará a entender al autor como persona real [...] No sólo los personajes creados son los que se desprenden del proceso que los constituyó, sino que a su creador le acontece otro tanto. En esta relación hay que subrayar el carácter productivo del concepto de autor y de su reacción total frente a su personaje: el autor no es portador de una vivencia anímica, y su reacción no es un sentimiento pasivo o una percepción; el autor es la única energía formativa que no se da en una conciencia psicológicamente concebida, sino que constituye un producto cultural significativo y estable. (p. 18)

Para Bajtín, en ningún caso, debe asimilarse la perspectiva del autor con la de alguno de los personajes.

Desde un lugar diferente, el concepto de *autor implícito* propuesto por Booth (1978), en su texto publicado por primera vez en el año 1961, es pensado como una entidad de

Hall, Beatriz

carácter representacional que surge del propio texto. A diferencia del autor real (sujeto que escribe el texto), el autor implícito queda configurado como una suerte de “titiritero” que –posicionado detrás del narrador– funciona como un garante del contenido y de las decisiones formales de los textos. Aunque varias obras sean atribuidas al/la mismo/a autor/a escritor/a, en cada una de ellas, queda representado de manera diferente, según Booth. Merece señalarse que, si bien se establece una diferencia entre esta figura y la existencia del sujeto de carne y hueso/real que escribe, este no desaparece por completo. En efecto, según esta propuesta, la imagen discursiva de quien escribe está conformada por un conjunto de decisiones formales tomadas por el autor real. Ampliamente criticada (tanto como retomada), esta figura presupone la idea de un sujeto consciente de las elecciones que controla su producción discursiva.

Posteriormente, Chatman (1978) trabaja la categoría de *autor implícito*, la reformula y señala que esta representación del escritor no debe confundirse con la de narrador: el *autor implícito* no se expresa directamente, sino que queda configurado como un principio ordenador de la obra entendida como un todo que el lector reconstruye a partir de la narración. Chatman (1978) distingue entre la representación textual del autor y la del escritor, entendido este como la persona real que escribe ficción: la figura del *autor implícito* está presente en todos los textos, incluso en obras anónimas o colectivas que no poseen un escritor. Como ha sido señalado por Zucchi (2021) esta reformulación tampoco logra desligarse por completo de la idea de que existe una instancia subjetiva preexistente que aparece en la obra.

Desde otro lugar, en el emblemático texto titulado “La muerte del autor”, Barthes (1968) afirma que el autor es una figura moderna que tiene sus orígenes en una filosofía y una cultura centradas en el individuo, a las que nos hemos referido en el apartado anterior. Como es fácil constatar, el teórico francés opone dos modelos: el del *Autor* y el del *escritor moderno*. Este último sería una suerte de representación textual que surge a partir de considerar quien escribe en la propia obra. Según Barthes, la escritura es “la destrucción de toda voz, de todo origen” (65) y lugar neutro en el que la identidad se pierde: quien habla en el texto no es su autor, sino el lenguaje. De este modo, propone

Hall, Beatriz

poner fin a la idea de autor como principio explicativo de la obra. Es claro que Barthes arremete contra la idea romántica del autor que vinculada al auge del individuo otorgaba centralidad a la intención y la expresión del autor. Para Barthes, en la línea de Benveniste (1997), el autor no es una unidad psíquica: su propuesta se centra en el texto. Como sostiene Pimentel (2019) el gesto de Barthes tiene como blanco de ataque el principio mismo de autoridad y, como uno de sus propósitos, el desmantelamiento de todo autoritarismo en el que se funda la idea de la interpretación del “verdadero” significado del texto. Y es que, según Barthes, la caída de la “tiranía del autor” arrastra también la idea del crítico como encargado de explicar “el sentido” de la obra. Vale recordar que en “Escribir la lectura” (1994), Barthes afirma que:

El autor está considerado como eterno propietario de su obra, y nosotros como simples usufructuarios: esta economía implica evidentemente un tema de autoridad: el autor, según se piensa, tiene derechos sobre el lector, lo obliga a captar un determinado sentido de la obra y este sentido, naturalmente, es el bueno, el verdadero: de ahí procede una moral crítica del recto sentido (y de su correspondiente pecado, el “contrasentido”): lo que se trata de establecer es siempre lo que el autor ha querido decir, y ningún caso lo que el lector entiende” (p. 35)

Como sostiene Topuzian (2014), la problemática de la subjetividad –resumida por Barthes como “la muerte del autor”– “se da en el marco de un proyecto mucho más amplio de renovación de las maneras de pensar el lenguaje y el sentido”, según las cuales el autor no se concibe como foco de una “unidad intencional del sentido de la obra literaria” (Topuzian, 2014, p. 250)

Otra mentada perspectiva contraria al psicologismo y al biografismo, así como como a la imagen de creador responsable único del sentido de la obra, aparece en un texto también emblemático escrito por Foucault (1969)⁹. En este trabajo, este teórico francés, se propone “localizar” el lugar vacío que deja “la muerte del autor”. Su propuesta

⁹ “¿Qué es un autor?” es un texto resultado de una conferencia que, el 22 de febrero de 1969, dictó Michel Foucault, en la Sociedad Francesa de Filosofía. De las tantas ediciones disponibles, las citas que acá transcribimos corresponden a la de Ediciones Literales.

Hall, Beatriz

consiste en pensar al autor como una función que “no se forma espontáneamente con la atribución de un discurso a un individuo”, ni se ejerce “uniformemente de la misma manera en todos los discursos, épocas y formas de civilización” (p. 30). Contrariamente, se trata del “resultado de una operación compleja que construye un determinado ser de razón que llamamos el autor” (p. 25). Vale decir que no consiste en una mera instancia textual, ni a un elemento del discurso, sino en una función variable que al tiempo que conforma y modifica la circulación de los textos, ejerce una función clasificatoria y determina la lectura y el proceso de asignación de sentidos. Según Foucault, la obra no puede asociarse a un individuo porque, a diferencia del nombre propio, el nombre de autor no reenvía pura y simplemente a un individuo real, sino a una cierta función que cumplen ciertos discursos en la sociedad. En sus palabras, “la función autor es pues característica del modo de existencia, circulación y funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad” (p. 21). Nos permitimos recordar que, en la lección inaugural que dictó en 1970 en el Collège de France, publicada con el título *El orden del discurso* (1987), Foucault cuestiona los valores de estabilidad y autonomía que definen la posición del individuo en la tradición humanista. Este autor propone pensar de qué manera y según qué condiciones, “algo” como sujeto aparecen en el orden del discurso. Esto implica preguntarse, según Foucault, por el lugar que ocupa y por las funciones que –lo que denominamos sujeto– ejerce en cada discurso, época y lugar; es decir social, histórica y epistemológicamente¹⁰. Velasco Giles (2014) explica que la propuesta de Foucault puede pensarse como un análisis de los distintos modos de subjetivación o de la construcción histórica de la subjetividad que no busca saber lo que es verdadero. Según Velasco Giles, la idea de sujeto sujetado propuesta por Foucault da la posibilidad de “desujetación”, una vez que se haya tomado conciencia de lo que lo sujeta.

En este punto, es relevante resaltar las diferencias entre las propuestas de Barthes y las de Foucault analizadas agudamente por Topuzian (2014). Este investigador argentino encuentra que esas diferencias se explican conceptual, epistemológica y

¹⁰ Al considerar aspectos sociales, históricos y epistemológico de la conformación del discurso, Foucault toma distancia de posiciones textualistas tales como las de Barthes a las que nos referimos a continuación.

Hall, Beatriz

contextualmente. Tal como explica el Topuzian, Foucault se opone fuertemente a las teorías del texto y de la escritura en tanto no consideran que el sujeto sea una variable abstracta y formal del enunciado (heredero de la lingüística estructural). Contrariamente, Foucault considera el carácter inherentemente social e histórico del discurso, a partir de un análisis radicalmente material. Como muestra de ello, señala Topuzian, Foucault muestra que los décticos funcionan de manera diferente en los textos dotados de función autor de los que no la tienen. Y es que este autor francés no acuerda con la idea de centrarse exclusivamente en los mecanismos textuales, como lo entendió el estructuralismo literario, porque de ese modo se le otorga a la escritura el estatuto de sujeto trascendental (Topuzian, 2014).

Para Agamben (2009), el autor tampoco precede la obra:

El sujeto -como el autor, como la vida de los hombres infames- no es algo que pueda ser alcanzado como una realidad sustancial presente en alguna parte, por el contrario, es aquello que resalta del encuentro y del cuerpo a cuerpo con los dispositivos en los cuales ha sido puesto en juego. (p. 93)

Agamben afirma que “el problema de la escritura no es tanto la expresión de un sujeto, como la apertura de un espacio en el cual el sujeto que escribe no termina de desaparecer” (p. 81). Sin embargo, a diferencia de Foucault y Barthes, para Agamben (2009), el autor no está muerto, ni es una función, sino que está presente en el texto solamente en un gesto que hace posible la expresión en la medida misma en que instaaura en ella un vacío central. El autor, según Agamben, “se ubica en lo no dicho y funciona como una suerte de garante de su propia ausencia” (p. 81). En otras palabras, el autor es entendido como un gesto, en la singularidad de su ausencia.

La teoría del Análisis del Discurso¹¹ constituye un aporte significativo y también contrario a la idea de autor como *único* responsable y dueño absoluto de su producción

¹¹ Nos referimos a la teoría que surge en Francia, hacia finales de los años 1960, con los aportes de Pêcheux y en el contexto de una fuerte discusión en torno a cómo abordar el estudio de los discursos. Actualmente, se sigue desarrollando con fuerza en distintos países tales como Brasil, México, Argentina.

Hall, Beatriz

discursiva. Desde este marco teórico, la lengua no es considerada como un objeto abstracto exterior al sujeto, sino como una base material, cuyo funcionamiento está ligado a la historia y a los sujetos hablantes (Pêcheux, 2016). Por lo tanto, no vale indagar en lo que “el autor quiso decir”, sino en cómo sus palabras puestas en discurso materializan *efectos de sentido* que no son intencionales ni voluntarios. Analizado a la luz de una determinada *posición de sujeto* (Courtine, 1981), el sujeto y el autor son pensados como lugares de significación históricamente construido (Mittmann, 2016, entre otros)¹².

En los últimos tiempos, el tratamiento de la autobiografía¹³ también propicia volver a pensar en el estatuto del autor. Una de las ideas que se presenta como problemáticas en relación con el análisis de la construcción autobiográfica es la de que se trataría de un documento que refleja “la realidad” o “la verdad” sobre el autor que la produce. Solamente si se piensa la autobiografía desde una estética referencial, se la puede entender como un texto que “habla” de la vida del autor y, así, avalar la búsqueda de las huellas de su presencia. Contrariamente, por ejemplo, en el contexto de las llamadas teorías *textualistas*, que rechazan la distinción entre *un dentro* y *un fuera del texto* y niegan la existencia de un *yo* previo al relato, se cuestiona, incluso, el hecho de elevar la autobiografía a la categoría de género literario (De Man, 1991).

Por otra parte, la llamada “literatura del yo” o “escritura del yo”, que abarca el estudio de no solo las autobiografías, sino también de los diarios íntimos, los testimonios y las memorias, constituye una línea de trabajo, dentro de estudios actuales, que problematiza la constitución de procesos identitarios (individual, social, nacional, étnica, sexual) y concibe nuevas formas de pensar e interpretar la literatura (Torner, 2023). Enmarcadas

¹² Es importante destacar que la idea de posición de sujeto no se corresponde con un espacio físico, ni con un lugar objetivo en la estructura social, sino que se trata de un lugar social representado en el discurso (Orlandi, 2007). Como ejemplo de análisis de “una interpretación literaria”, desde esta teoría, puede consultarse, por ejemplo, Hall (2013).

¹³ Cabe recordar que, en 1973, Philippe Lejeune produce un texto fundante sobre el género autobiográfico. En él considera que hay un “pacto” entre el escritor y el lector gracias al cual el autor asume explícitamente la identidad de quien enuncia el texto y, así, garantiza una relación de equivalencia entre autor, narrador y personaje. Luego de este trabajo, se escribieron muchos otros acerca del tema, por ejemplo, Tejero Yosovitch, Y. N. (2014).

Hall, Beatriz

en una inestable relación entre ficción, biografía, historia, autobiografía y autoficción, en muchos casos signados por formatos digitales, las “escrituras del yo” no son consideradas simples relatos de vidas. Según Cuasante Fernández (2018) el yo es otro, pero también es otro ante los otros, y ello supone que la cuestión de la identidad puede derivar del ámbito de lo individual al de lo social. En pocas palabras, las escrituras del yo entendidas como lugares desde las cuales cada individuo diría “su verdad” generan tanto interés como gran sospecha.

Como sostiene Scarano (2011), la identidad inscripta en el nombre del autor y proyectada en el espacio poético no es tarea fácil. De acuerdo con Bourdieu, Scarano (2011) afirma que “anudar el sujeto al nombre propio no cancela los efectos de su representación, sino que los multiplica” (p. 341) y sostiene que:

Restituir el autor al poema como causa eficiente de su significación sigue siendo cuestionable, pero admitir su figuración como elemento crucial en la articulación de la identidad discursiva parece legítimo, aunque debemos confrontar para ello esa región insondable de la persona, su vida, la realidad empírica. (p. 334)

Giordano (2021) retoma ideas de Alan Pauls y afirma que no es cuestión de “restituirle a la vida del autor la función de explicar sus libros, sino de mostrar «el continuo de trasmutaciones entre formas de escritura y formas de vida que implica el devenir de una obra»” (p. 120). Según Giordano (2021), las anécdotas de la vida de un autor no son la condición o la causa, sino tal vez uno de sus efectos: pueden “iluminar el devenir de la obra porque desde que hay obra –invención de formas autónomas de vida– el autor se convierte en uno de sus personajes.” (p. 121). La idea es que “la forma de vida singular” inventa la literatura.

Tal como se puede observar, según las perspectivas teóricas sobre la autoría que venimos reseñando, la figura del/a autor/a no remite únicamente a un sujeto empírico, como lo pensaba la crítica biográfica, ni a una instancia enunciativa, como podría considerarlo el estructuralismo, sino que –actualmente y con diferentes matices–

Hall, Beatriz

aparece como la suma de los usos y proyecciones que los actores de la vida literaria y mediática operan sobre el texto. Al respecto, Morrison (2015) sostiene que, en el texto posmoderno, la “muerte del autor” tiene lugar porque “el escritor –y ya no el autor– le cede al lector, en alguna medida, el control sobre el punto de entrada, el orden y el modo de proceder a través del texto.” (p. 212). Morrison (2015) considera que las afirmaciones de la muerte del autor constituyen una paradoja, y para demostrarlo propone las siguientes preguntas “¿por qué, si el autor está muerto, hay tantos autores escribiendo sobre lo muerto que está el autor?” (p. 213)

Puede afirmarse que, en tiempos posmodernos, hipermodernos, transmodernos (o como se denominen a los actuales) signados por la pérdida de los límites entre lo público y lo privado, por la dificultad de establecer diferencias entre la realidad y la ficción, por la ambigüedad e inestabilidad del sentido, las formas “tradicionales” de entender el papel de quien escribe también se cuestionan y, por lo tanto, el tema de la autoría sigue siendo fuente de fecundas investigaciones. En efecto, al tiempo que cae la categoría de sujeto racional, universal y trascendente, la idea de autor/a (empírico, real, de carne y hueso) como único principio explicativo del sentido pierde fuerza. En este contexto, también se cuestiona la concepción la literatura como la simple descripción o reflejo de la realidad y el papel del lenguaje en su mera función instrumental y referencial.

A continuación, presentamos el último apartado en el que indagamos en las relaciones entre el “autor” y el texto (obra), según algunas propuestas teóricas. Aunque por razones de espacio no podemos desarrollar extensamente el tema, como sostiene Foucault (2010), “la palabra «obra» y la unidad que designa probablemente son tan problemáticas como la individualidad del autor” (p. 9)

4.2- ALGUNAS PERSPECTIVAS ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE LA IDEA DE AUTOR/A Y SU OBRA

Como es sabido, ninguna teoría particular de la literatura responde todas las preguntas, sino que focaliza de una serie de objetos (autor, lector, obra, literatura, realidad) y

Hall, Beatriz

establece relaciones particulares entre ellos. En lo que sigue, nos referimos a propuestas teóricas y metodológicas, haciendo hincapié en el lugar que estas le otorgan al problema del autor y a su relación con la obra literaria. Proponemos, así, revisar principios conceptuales y retomar algunos que ya presentado en apartados anteriores, a la luz de perspectivas que plantean al autor como causa de la obra y, por otro, a las que proponen lo contrario; esto es al autor como producto de su obra.

- AUTOR → CAUSA - OBRA → EFECTO

En términos generales, cuando el autor se concibe como la causa de la obra, su biografía, su época o su psiquis se presentan como determinante externo de un texto. Podemos hablar, entonces, de un tipo de causalismo, según el cual la obra es el producto de una serie de factores previos a su constitución, entre las cuales aparece la biografía del autor y su época. En otras palabras, un hecho de la vida de un autor puede funcionar como factor desencadenante de una obra. Un ejemplo de ello sería sostener que un episodio de la vida de Shakespeare, tal como es la muerte de su hijo Hamnet, sería la causa y el factor desencadenante directo de la escritura de Hamlet. Entonces, la obra se explicaría en relación con este u otros acontecimientos (Eliot, 1920).

Como se recordará, este tipo de relación causal se manifiesta en la estética romántica: la obra es pensada como expresión de la genialidad y de los estados emocionales del autor y como manifestación de una verdad espiritual. Paralelamente, el autor sería alguien capaz de expresar sus emociones y sentimientos en la obra, y, por lo tanto, su origen absoluto. Al lector, entonces, le corresponde participar de esa expresión empáticamente y contemplar el resultado de la inspiración.

También se inscriben en este grupo de perspectivas, las primeras teorías psicoanalíticas iniciadas por los trabajos del mismo Freud, en las que el texto aparecía como expresión directa de los conflictos del escritor, o también, como realización de su deseo inconsciente. El interés de los teóricos y de los críticos, en esta primera etapa, es la biografía del escritor, mientras la obra se interpreta como un síntoma de sus conflictos.

Hall, Beatriz

Por ejemplo, el tema del parricidio en las novelas de Dostoievsky fue interpretado por Freud (1998) en función de las supuestas tendencias o impulsos reprimidos y sublimados del propio Dostoievsky. A esta etapa de la teorización psicoanalítica sobre el arte se la designa habitualmente como “el psicoanálisis del autor”. Por cierto, los vínculos entre el psicoanálisis y los estudios literarios son ciertamente diversos y conflictivos y merece tener en cuenta que, a diferencia de otras áreas de estudio, el psicoanálisis persigue fines terapéuticos. Como bien explica Garayalde (2019), mucho se ha dicho acerca de que estas lecturas psicoanalíticas que dejan como resultado el carácter repetitivo de la lectura y el reduccionismo de la literatura. Dentro de este marco, interpretar consistiría en recrear la condición mental de el/la autor/a, sus procesos psicológicos, su posición familiar, social o ideológica. En estos casos, “el psicoanálisis ocupa el lugar de sujeto y la literatura el de un objeto” (Garayalde, 2019, p. 4).

- SUJETO → EFECTO - TEXTO → PRODUCTOR DE ESE SUJETO

Desde perspectivas contrarias a las anteriores, se ubican las teorías que proponen pensar que el sujeto es efecto de texto y no su causa. Estas no suelen hablar de autor, sino de sujeto del discurso o sujeto textual. Ante la pregunta acerca de quién habla, en estos casos, la respuesta es que no lo hace el autor, en tanto sujeto empírico previo a la escritura, sino un sujeto (o sujetos) que se construye (o se construyen y reconstruyen) a partir del texto o discurso.

Desde mediados de los cincuentas, durante los sesentas y hasta comienzos de los setentas, se llevó a cabo una revisión sistemática de los postulados teóricos en diferentes áreas de las ciencias sociales. En este contexto, merece ser destacado el revolucionario trabajo de Benveniste, quien propuso pensar que la subjetividad está en la lengua. Benveniste (1997) establece el concepto de enunciación entendida como la puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual y considera que el lenguaje es sobre todo subjetividad. Lenguaje y subjetividad son presentados como interdependientes: sin lenguaje no hay subjetividad. Según esta perspectiva, la condición de diálogo es

Hall, Beatriz

constitutiva de la persona: *Yo* y *tú* son formas lingüísticas que indican persona de modo recíproco. Los pronombres, de estatuto diferente de los demás signos del lenguaje, no remiten a un concepto ni a un individuo. Se trata de términos que solo pueden identificarse en la instancia discursiva:

Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto* ... La “subjetividad” de que aquí tratamos es la capacidad de locutor de plantearse como “sujeto”. ... El lenguaje no es posible sino porque cada locutor se pone como *sujeto* y remite a sí mismo como yo en su discurso. (p. 181)

El acto de enunciación -mediante el cual el sujeto se apropia del aparato formal de la lengua y la pone en funcionamiento- coloca al sujeto en el centro de la escena y deviene indispensable para el análisis de todo enunciado, discurso.

A partir de la propuesta de Lacan (1960), de la reelaboración e incorporación de sus principios teóricos, que hace especialmente el post-estructuralismo telqueliano, se postula que el texto construye un sujeto que no coincide con el biográfico, social o histórico. Se habla, así, de una instancia que se desprende del texto mismo: sujeto textual o “sujeto de la escritura”. Esa instancia de constitución del sujeto no es un conjunto articulado de “posiciones” previstas de antemano: el “yo” no es una entidad de existencia anterior al momento en el que se toma la palabra.

Cabe destacar que el sujeto textual que aparece como sujeto de la enunciación puede ser entendido como una determinación lingüística: el pronombre “yo” nombra en el enunciado al sujeto de la enunciación. Vale decir que el yo del discurso se identifica con el sujeto de la enunciación.¹⁴ El psicoanálisis, en cambio, sostiene que el sujeto de la enunciación no coincide con el yo del discurso: estamos constituidos por una parte enorme que no conocemos, que es el inconsciente.

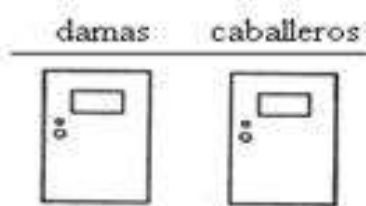
¹⁴ En Zoppi Fontana (1997), se propone una excelente revisión crítica de la concepción de sujeto propuesta por las teorías enunciativas y también del dialogismo bajtiniano.

Hall, Beatriz

De acuerdo con la revisión de la teoría freudiana que lleva a cabo Lacan, el sujeto no piensa, sino que más bien, el lenguaje piensa y habla al sujeto (Le Gaufey, 2010). Lacan considera que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no sólo porque trabaja con la metáfora y la metonimia, sino porque no trabaja con significados estables, sino con significantes: el inconsciente es un flujo o un movimiento continuo de significantes cuyos significados son, muchas veces, inaccesibles.

En oposición al sujeto cartesiano, el sujeto lacaniano no se constituye por su actividad de pensamiento y lo sintetiza en la siguiente frase: “Pienso donde no estoy, soy donde no pienso”. Y al sostener que el sujeto es “representado como un significante para otro significante”, plantea la autonomía del significante respecto del significado y afirma que la relación entre ambos no es fija (Lacan, 2008). Como puede observarse, el psicoanalista francés conserva los términos introducidos por Saussure en relación con la conformación del signo lingüístico, pero dándole una nueva interpretación que trataremos de explicar con el siguiente ejemplo.

En contraposición con la conocida ilustración de la palabra “árbol” propuesta por el lingüista para explicar la composición del signo, Lacan presenta, a modo de ejemplo, el siguiente gráfico (Lacan, 2008, p. 467):



Como pueden observar, este esquema coloca por encima de la barra, en el lugar del significante, los términos “caballeros” y “damas” y por debajo, dos puertas. Lacan señala que las palabras “damas” y “caballeros” no designan a un conjunto de hombres y a un conjunto de mujeres respectivamente, sino a baños públicos. Así, explica que para que esta interpretación pueda producirse, es necesario que ambas palabras aparezcan al lado de dos puertas idénticas, en una relación de contigüidad. Con este ejemplo, Lacan

Hall, Beatriz

quiere demostrar que “no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación”, porque no es la correspondencia entre significante y significado la que produce la significación, sino la diferencia entre los significantes que aparecen en una cadena (p. 465).

El significante, según Lacan, no es una imagen acústica (como para ciertas teorías lingüísticas), ni – de ninguna manera– nombra lo real (ni arbitrariamente ni motivadamente), sino que el significado se da de “manera inesperada”. Esto implica afirmar que el estatuto de sujeto lacaniano se define en el campo del significante. Tal como demuestra el ejemplo de “damas” y “caballeros” que hemos reproducido, Lacan retoma el concepto de signo propuesto por Saussure, pero afirma que el significante posee una radical supremacía sobre el significado, siendo el segundo efecto del primero. El psicoanalista insiste en marcar la asimetría entre ambos elementos del signo y señala que cuando se plantea que entre ambos existe una correspondencia biunívoca, en realidad, se está privilegiando el significado por sobre el significante. Vale decir que, según Lacan, un significante es una representación que cobra sentido a medida que se asocia con otros significantes con los cuales construye una cadena eslabonada. Tanto un significado puede encontrarse asociado a un significante, como un significante puede encontrarse asociado a un significado, y esto solo en la medida en que este se asocia con otros significantes presentes en una cadena. Se trata, en suma, de la autonomía del significante respecto del significado.

La teoría del sujeto lacaniano como efecto del significante (que por cierto es mucho más compleja y rica que lo que acá hemos expuesto) pasa a los estudios literarios, especialmente a los de corte posestructuralistas¹⁵. Como afirma Bertón (2013):

Para los telquelistas, la literatura, la escritura, el autor, el sujeto son configuraciones atravesadas por la difuminación de los límites y la pérdida del origen y el lenguaje debe dar cuenta de esto mediante la construcción de una escritura que no se ancle en un sujeto, un autor, una autoridad (p. 8)

¹⁵ Para este tema, entre otros, proponemos consultar Rustom (2017).

Hall, Beatriz

Como ya hemos señalado, para el postestructuralismo, el escritor no es propietario de ninguna riqueza: la medida del valor de un texto es el trabajo de elaboración y transformación que está inscripto en ese texto. El autor no tiene ningún tipo de privilegio en cuanto a la determinación del sentido, ni ningún tipo de privilegio en cuanto a la percepción de ese objeto. Vale decir que los postestructuralistas sostienen una perspectiva antirrepresentativa: la literatura, el lenguaje, no representa ninguna realidad preexistente tal como el sujeto tampoco preexiste al texto.

Es necesario destacar que la presentación incompleta de perspectivas que en este trabajo presentamos tiene como objetivo el análisis y la desnaturalización de principios conceptuales a partir de los cuales proponemos seguir indagando y, así, advertir los posibles resabios que estos principios mantienen en la actualidad.

4- A MODO DE CIERRE

En este trabajo hemos presentado perspectivas que se han ocupado y se ocupan de definir y caracterizar la figura del sujeto y paralelamente la del autor o autora. Ha sido nuestro objetivo general dar cuenta de que toda concepción de autor/a es tributaria de una concepción de sujeto. Para esto, nos hemos referido a las distintas formas de nombrarlos, según distintos contextos históricos y disciplinares. Como queda expuesto, el sujeto puede ser considerado como trascendente, racional, soberano, libre, inalterable, universal, social, psicológico, lingüístico, diverso, inasible y, paralelamente, se puede concebir a quien escribe con rasgos identitarios homogéneos, monolíticos y estables o bien como quien está constituido por identidades múltiples y contingentes. En un caso, el sujeto/autor o autora es considerado/a como vía de acceso a los sentidos textuales y, en el otro, el autor no sabe más que el lector porque no domina objetivamente lo que dice o escribe. Y es que la relación sujeto/objeto se fue transformando y el sujeto pasó a ser un objeto de estudio.

Aunque por razón de espacio no hemos podido detenernos en ello, cabe señalar que el desarrollo de las nuevas tecnologías e inéditas formas de interacción social inciden en

Hall, Beatriz

todas las prácticas sociales dentro de las que se encuentran las literarias (Kozak, 2019; Sánchez Martínez, 2023). Por cierto, la escritura y la lectura que se producen y circulan en ámbitos cibernéticos invitan a indagar en preguntas no formuladas aún y posibles respuestas acerca de conformación de las identidades de quienes escriben y quienes leen. Es que la literatura permite vivir otras vidas, ser otros sujetos y ayuda a nombrarnos de nuevas maneras. En otros términos, la literatura forma parte de la construcción de subjetividades y ahí radica, en parte, su poder.

Como queda puesto en evidencia a lo largo de esta exposición, sujeto y autor/a no son principios teóricos definidos de manera unánime y universal, sino construcciones conceptuales que exceden el marco de los estudios literarios. De acuerdo con Louis (2013, 2022), entendemos el campo de los estudios literarios en términos de “disciplina literaria”, es decir como una formalización basada en la reflexión epistémica que interroga de qué manera se produce conocimientos o formas de saber. La pregunta, entonces, consiste en tipos de saberes producen los estudios literarios y cuáles son sus condiciones de posibilidad (Louis, 2022). En consonancia con esta propuesta, afirmamos que entender que la literatura es una forma de saber permite abrir líneas de investigación para el desarrollo teórico y también para la enseñanza de la literatura.

En síntesis, no es el valor de verdad lo que ha guiado a este trabajo porque no ha sido nuestro objetivo decir lo que es verdadero o falso, sino indagar en el conjunto de formas según las cuales se llega a decidir entre lo verdadero y lo falso (Foucault, 1979). En este sentido, esperamos que el ejercicio de reflexión epistémica, desde el interior y el exterior de la disciplina, propicie la formulación de nuevas preguntas y promueva la interpretación de conceptos y prácticas en las cuales nuestras subjetividades se construyen y producen sentidos.

Hall, Beatriz

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2009). El autor como gesto. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Bajtín, M. (1979). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1994). *El Susurro del Lenguaje. Más allá de la palabra y la Escritura*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, W. (1999). El autor como productor. *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*. Madrid: Taurus.
- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Berman, M. (1994). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bertón, S. El “espacio Tel Quel” y la configuración de una discursividad vacilante. *Revista Pilquen*, Año XV, vol. 16, 2013.
- Booth, W. C. (1978). *La retórica de la ficción*. Barcelona: Antoni Bosch.
- Bourdieu, P. (1995). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama: Barcelona.
- Bürger, C. y Bürger, P. (2001). *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid: Akal.
- Castro, E. La formación de la noción filosófica de Sujeto y Subjetividad. *Psicoanálisis*, 27 (3), 2005.
- Casullo, N. (comp.). (1993). *El debate modernidad posmodernidad*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Chatman, S. (1978). *Historia y discurso. La estructura narrativa en la novela y en el cine*. Madrid: Taurus.
- Courtine, J. Análisis del discurso político. El discurso comunista dirigido a los cristianos. *Langages*, 62, junio, 1981.
- Cuasante Fernandez, E. “Las escrituras del yo y sus variantes funcionales”. *Revista de Filología*, 37, 2018.
- de la Garza Toledo. “Subjetividad, Cultura y Estructura” *Iztapalapa*, p. 50, 2001.
- De Man, P. La autobiografía como desfiguración. *Suplementos Anthropos*, 29, 1991.
- de Teresa Ochoa, A. (2019). *Horizontes teóricos y críticos en torno a la figura autoral contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Descartes, R. (2011). *El discurso del Método*. Madrid: Alianza.

Hall, Beatriz

Dor, J. (1997). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Barcelona: Gedisa.

Dotti, J. E. Razón y modernidad. *Espacios de crítica y producción*. Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 8/9, 1990.

Durand, P. (2014). Hombre de letras, escritor, autor. Declinación social de una función simbólica. Zapata, Juan (comp.) (2014). *La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Dussel, E. Transmodernidad e Interculturalidad. *Astragalo*, 21, 2016.

Eliot, T. S. (1920). *The Sacred Wood. Essays on Poetry and Criticism*. Londres: Methuen.

Elliott, A. (1995). *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Encinas, J. L. N. (2018). El repliegue posmoderno. Aproximación teórica a la posmodernidad como concepto histórico. Trabajo de Fin de Máster.

Estrach, N. El sujeto escindido de J. Lacan. *Revista de Psicoanálisis, Teoría Crítica y Cultura*, 27, 2016.

Foucault, M. (2010). *¿Qué es un autor?* Córdoba: Ediciones Literales.

Foucault, M. (1979). Curso del 7 de enero de 1976. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.

Foucault, M. (1987). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquest.

Freud, S. (1998). Dostoievski y el parricidio. *Obras completas XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.

Garayalde, N. La enseñanza de Teoría literaria en la universidad: Notas sobre la historia de la cátedra de Teoría literaria de la Escuela de Letras de la UNC. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades; *Recial*; 10; 15; 7-2019.

Genette, G. (1972). El discurso del relato. *Figures III*. Paris: Editions du Seuil.

Giordano A. (2021). ¿A dónde va la literatura? La contemporaneidad de una institución anacrónica. *La literatura fuera de sí*. Rosario: Nube Negra.

Grüner, E. (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Buenos Aires: Edhasa.

Hall, S. (2003). ¿Quién necesita 'identidad'? Hall, S. y Du Gay, P. (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hall, B. Enunciados metafóricos y presupuestos teóricos: un caso de "metáfora literaria". *Signo y Señal*, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), N° 23, junio de 2013.

Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Hall, Beatriz

Kozak, C. Derivas literarias digitales: (des)encuentros entre experimentalismo y flujos culturales masivos. *Revista Heterotopías* del Área de Estudios Críticos del Discurso de FFyH. Volumen 2, N° 3. Córdoba, junio de 2019.

Kristeva J. (1981). “El Sujeto en Cuestión: el Lenguaje Poético”. Levi-Strauss, C. et al. *La identidad*. Barcelona: Petrel.

Labandeira, M.C. El “materialismo del encuentro”. Una filosofía para la teoría del discurso. *AdVersus*, v,12-13, agosto-diciembre 2008.

Lacan, J. (1960). Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien. En *Écrits II*, Paris: Seuil.

Lacan, J. (2008). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Le Gaufey, G. (2010). *El sujeto en Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Literales.

Lipovetsky, G. (1983). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Lipovetsky, G. (1987). *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama.

Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona: Anagrama.

Louis, A. (2022). *Sin objeto. Por una epistemología de la disciplina literaria*. Buenos Aires: Colihue.

Louis, A. Notas acerca de una posible articulación epistemológica de los estudios literarios con las ciencias humanas y sociales. *Ex-libris. Revista del departamento de Letras*, (2), 2013.

Lytard J.F. (1979). *La condición posmoderna*. Barcelona: Planeta.

Macherey, Pierre (2014) Lengua, discurso, ideología, sujeto, sentido: de Thomas Herbert a Michel Pêcheux. *Décalages*: vol. 1, Iss. 4.

Mittmann, S. (Org.) (2016). *Autoria na disputa pelos sentidos*. Porto Alegre: Instituto de Letras/UFRGS.

Morrison, J. C. El autor ha muerto. ¡Larga vida al autor! *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 24, 2015.

Nebreda, J. J. Tras las huellas del hombre posmoderno. Y parte III: La posmodernidad “da qué pensar”. *Gazeta de Antropología*, 10, 1993.

Negrete Sandoval, J. E. Repensar al autor en la literatura contemporánea. *Pasavento. Revista De Estudios Hispánicos*, 8 (2), 2020.

Nietzsche, F. (2019). *Humano, demasiado humano*. Madrid: Tecnos.

Ortiz, J. A. Crisis del autor. De su muerte a la indiferencia. *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, vol. 12, N° 27, marzo de 2023.

Hall, Beatriz

Orlandi, E. (2007). *Análise de discurso: Princípios & procedimentos*. Campinas, Brasil: Pontes.

Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes: lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Palti, E.J. (Comp.) (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Pimentel, L. A. (2019). Muerte y transfiguración del autor: una Mirada a la lectura desde la teoría de los afectos. De Teresa Ochoa, A. (Coord.) (2019) *Horizontes teóricos y críticos en torno a la figura autoral contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Pron, P. (2014). *El libro tachado*. Madrid: Turner Noema.

Ricoeur, P. (1965). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.

Rodríguez Magda, R. Transmodernidad; La globalización como totalidad transmoderna. *Revista Observaciones Filosóficas*, N° 4, 2007.

Rorty, R. (1998). *El giro lingüístico*. Barcelona: Paidós.

Rustom, C. Blanchot, Foucault y el pensamiento de la desarticulación: ¿es posible resistir desde la ausencia del autor/sujeto? *Revista pensamiento político*, N° 8 de 2017.

Sánchez-Martínez, A. Tina Escaja y el Destructivismo: génesis y estética de un movimiento literario de vanguardia en el nuevo milenio. *Castilla. Estudios de Literatura*, 14, 2023.

Scarano, L. El autor en el poema. *Boletín Hispánico Helvético*, N° doble 17-18, primavera-otoño 2011.

Suniga, N. y Tonkonofen, S. Lenguaje, Deseo y Sociedad. Los Aportes de Julia Kristeva. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 2012.

Tejero, Y. N. (junio, 2014). Sobre Osvaldo Baigorria (en busca de Néstor Sánchez). Actas del III Coloquio Internacional Escrituras del yo, Facultad de Humanidades y Artes, junio, 2014, Universidad Nacional de Rosario, Rosario (Argentina)

Todorov, T. Les catégories du récit littéraire. *Communications*, 8 (1), 1966.

Topuzian M. (2014). *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*. Santa Fe: Ediciones Universidad Nacional del Litoral.

Topuzian, M. Literatura, autor y verdad en los márgenes de la teoría literaria. *Badebec. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol. 1. 2011.

Tornero, A. Sobre la escritura autobiográfica: Georges Gusdorf y James Olney. *Káñina*, 47(1), 2023.

Van Dülmen, R. (2016). *El descubrimiento del individuo, 1500-1800*. Madrid: Siglo XXI.

Hall, Beatriz

Velasco Giles, M.G. Lenguaje, sujeto y subjetividad: tras los hilos de las palabras. *Revista de Ciencias de la Educación. Academicus*, vol. 1, N° 5, 2014.

Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones Filosóficas*. México Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM.

Zapata, J. (2014). (comp.). La invención del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autorial. Medellín, Universidad de Antioquia.

Zapata, J.M. Muerte y resurrección del autor. Nuevas aproximaciones al estudio sociológico del autor. *Lingüística y Literatura*, N° 60, 2011.

Zavala Olalde, J. C. La noción general de persona. El origen, historia del concepto y la noción de persona en grupos indígenas de México. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, N° 27-8, octubre, 2010.

Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto*. Buenos Aires: Paidós.

Žižek, S. (comp.) (2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Zoppi Fontana, M. G. El otro del personaje: enunciación, exterioridad y discurso. *Escritos, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, N° 15-16, enero-diciembre de 1997.

Zucchi, M. N. (2021) El ethos autorial en la Heptalogía de Hieronymus Bosch de Rafael Spregelburd. Subjetividad en el género texto dramático desde una perspectiva polifónico-dialógica de la enunciación. Disertación doctoral no publicada, Universidad Nacional de las Artes, Buenos Aires.